

Con la Comisión Nacional de Fomento Rural El pequeño productor en la mira

por Víctor L Bacchetta

Los pequeños y medianos productores familiares son uno de los sectores más afectados por los cambios introducidos por el modelo forestal. Un capital social que exige replantearse los dilemas que trae aparejado diferenciar entre crecimiento y desarrollo económico.

La Comisión Nacional de Fomento Rural (CNFR) agrupa aproximadamente a 70 sociedades de fomento y unas 40 cooperativas agrarias de todo el país. “En los últimos 30 o 40 años desapareció cerca del 40 por ciento de las empresas agropecuarias, y de éstas la gran mayoría pertenecía a pequeños productores”, dice Fernando López, presidente de la CNFR.

¿Cuál es su evaluación sobre los impactos de la forestación y de otros cambios ocurridos en el campo uruguayo en los últimos 20 años?

Para empezar, cuando se discutió y se votó en el Parlamento la ley de desarrollo forestal, nuestra institución se opuso a este modelo. Esa ley era una política clara de intervención del Estado para el desarrollo de un sector del agro cuando otros atravesaban una etapa muy difícil. Se estaba iniciando el Mercosur, la desgravación arancelaria y otras acciones de apertura de mercados, y cuando planteábamos que debía haber un programa para atender a los sectores más vulnerables, se nos decía que eran las reglas del mercado y que el Estado se tenía que retirar. Pero había una contradicción: no había programas para determinados sectores, pero sí una política de estímulo del sector agroforestal, con un modelo que alentaba la inversión extranjera de gran porte y no incluía al sector productivo uruguayo.

Aquel criterio sobre “tierras de aptitud forestal” se fue trasladando progresivamente a zonas muy aptas para la agricultura, donde se ha desarrollado la forestación en gran escala. Y si bien algunos dicen que 4,5 por ciento de la superficie productiva del país forestado no significa nada, el problema hay que verlo en el ámbito local. En algunos departamentos, ese porcentaje tiene un impacto específico y localizado muy importante. Se produjo una inyección de capital externo y una inversión fuerte en tierras –la inclusión de la compra por sociedades anónimas aceleró ese proceso y lo potenció– en un momento muy difícil del sector agropecuario, de endeudamiento y crisis de precios, donde los productores se veían obligados a vender. Fue un cóctel explosivo, el proceso forestal está relacionado con el proceso de concentración y extranjerización de la tierra.

Nos preocupa no sólo el impacto de la venta de tierras, sino también el impacto sobre las microcuencas que, a su vez, genera presión sobre los pequeños y medianos productores. El avance de la forestación es, en forma directa e indirecta, una forma de expulsión de los pequeños productores, que quedan encerrados por las plantaciones y, por problemas de caminería y otros, se ven obligados a irse del lugar.

¿De qué manera se manifiesta esa presión?

El país cuenta con 50 mil empresas: 40 mil son ganaderas y de carácter familiar y unas 20 mil pertenecen a pequeños y medianos productores. En algunos casos la tierra es propia, pero en otros es complementada con arrendamiento. La presión sobre los precios de la tierra reduce la cantidad de tierra ofrecida en arrendamiento y eleva el costo del alquiler, lo que implica un incremento del costo de producción. Donde se empezó comprando áreas importantes de tierras para forestación, también se está avanzando sobre los predios medianos y relativamente chicos, que pueden ser de 200 a 300 hectáreas. La gente que tenía tierra en arrendamiento (el centro del país es un ejemplo claro) de un día para otro queda fuera del sistema porque se encuentra con que las forestadoras compraron ese predio a los dueños. Esta familia queda sin alternativas para continuar su actividad. Otros efectos son los cambios en la producción, ya que donde hay una gran concentración forestal cambian muchas cosas.

¿Cuáles son los problemas que plantea una gran plantación?

Hay una competencia muy fuerte por el recurso agua. Si bien no sabemos hasta dónde este problema es científicamente comprobable, en muchos casos se plantea esa situación. También hay plagas de la agricultura que tienen un lugar de cobijo en esos montes forestales. Y la relación con la naturaleza cambia sustancialmente por el aumento de la superficie plantada, que elimina la biodiversidad propia de los ecosistemas.

Otra preocupación es el equilibrio entre todo el espectro de la producción agropecuaria. Este crecimiento desequilibra a otros sectores y genera contradicciones. Seguimos hablando del Uruguay Natural pero se están achicando las áreas en donde se puede hacer producción ganadera en esos términos. La forestación y la soja están ocupando importantes tierras antes dedicadas al pastoreo y a los forrajes. Hay políticas de apoyo a la ganadería y la lechería, pero a su vez son los sectores más amenazados por estos avances.

Lo otro es el valor agregado y el empleo que generan estos modelos de desarrollo forestal. En Uruguay no parece ser la mejor apuesta, cuando la ganadería y, fundamentalmente, la lechería, por su productividad, su competitividad y sus condiciones naturales, generan muchísima más mano de obra y valor agregado. Se necesitan programas mucho más dirigidos a estos sectores y para los productores uruguayos. Esto no es posible con los esquemas forestales para la producción de celulosa.

¿Qué resultados tiene la combinación de forestación y ganadería?

Hay pequeñas señales de acuerdos para usar las zonas no forestadas de las plantaciones, pero un esquema alternativo se debería integrar a los medianos y pequeños productores. Sería bueno avanzar hacia un esquema de producción de maderas más nobles, de mayor valor, con un modelo productivo diferente, diseñado con las empresas forestales, ya que es la única manera de volverlo viable. Tenemos que discutir como sociedad qué uso le damos a la tierra porque, más allá de la propiedad privada, la tierra debe cumplir un rol social, es un recurso natural que pertenece a toda la sociedad.

Crecimiento económico no es desarrollo, el desarrollo rural debe ser un equilibrio entre lo económico, lo social y la preservación de los recursos. Para esto, los pequeños productores son actores fundamentales. Por aspectos culturales y por su arraigo a la tierra, en todo el mundo son los que preservan esos equilibrios. Estamos casi al límite de la desaparición de este capital social, que son los productores rurales y sus familias. Se precisa un nuevo marco legal, mucho más amplio que el aplicado hasta ahora, que regule el manejo de las distintas producciones relacionadas con la tierra y los recursos naturales.

¿Cuál debería ser la instancia para hacer esta discusión?

Distintos ministerios y organismos tienen proyectos, pero no hay visiones coordinadas y consensuadas sobre las políticas de tierras. Esto es necesario y urgente, porque se pueden desarrollar lineamientos no compatibles, que incluso compitan entre sí por el suelo y el agua. Si no somos capaces de ejercer un control sobre el uso de nuestros principales recursos, perderemos simplemente la soberanía del país, más allá de consideraciones jurídicas. Uruguay no puede ser ajeno a la globalización en curso, pero un país tan chico y con un recurso tan importante y tan limitado como la tierra, debería tomar mayores recaudos y tener una visión a mediano plazo que apueste a un desarrollo con mayor gente en el campo, con mayor valor agregado, y capaz de sustentar a su economía.

* Esta nota forma parte de una serie de entrevistas que el autor realizó a representantes de ong y diversos investigadores en la perspectiva de la inminente puesta en funcionamiento de la planta de Botnia.

Entrevista publicada en Semanario *Brecha*, de Uruguay, 14/9/07

<http://www.brecha.com.uy/ShowNews.asp?Topic=4&NewsID=9072&IdEdition=131>